

### **Tercero domingo de Cuaresma B/2018**

Las lecturas de este tercer domingo de cuaresma hablan de la importancia de la Ley de Dios. Muestran el beneficio espiritual que proviene de su realización en nuestra vida. Nos invitan a interiorizar la Ley de Dios y hacerla la pauta de nuestra vida.

La primera lectura del libro de Éxodo recuerda los Diez Mandamientos que Dios dio a Moisés a fin de sellar su alianza con Israel. Muestra el contenido de la Ley como se refiere a Dios y a nuestros semejantes. Finalmente, muestra las obligaciones religiosas y morales que Israel tiene que realizar a fin de garantizar su relación con Dios y sus semejantes.

Lo que este texto nos enseña es que los Diez Mandamientos son una garantía de la alianza entre Dios e Israel. Hay también la idea de que Dios, como el libertador y el salvador de su pueblo, tiene el derecho de dar la Ley que su pueblo tiene que obedecer. La última idea está relacionada con la certeza de que el respeto de los Mandamientos es la garantía del éxito de Israel como una nación y de los hebreos como un pueblo.

Este texto nos ayuda a entender mejor en el Evangelio de hoy en que Jesús echó del templo a los vendedores y a todos los cambistas con sus mesas. En primer lugar, el Evangelio dice que, cuando Jesús encontró a la gente en el área del templo, la echó y la ordenó de no convertir la casa de su Padre en un mercado. Habla también de la estocada de los judíos que preguntaron a Jesús un signo para actuar así. El Evangelio menciona la respuesta de Jesús quien invita a los judíos a destruir el templo y él le va tocar en tres días.

Entonces, el Evangelio dice que Jesús hablaba del templo de su cuerpo, porque después de su resurrección cada uno entendió que es lo que quiso decir. Pues, el Evangelio dice que mientras Jesús estaba todavía en Jerusalén para la Pascua de los judíos, muchos comenzaron a creer en él cuando vieron los signos que acomplejaba. El Evangelio termina mencionando el hecho que aún así, Jesús no creyó a los judíos porque los conocían muy bien.

¿Qué aprendemos del Evangelio de hoy? Hoy quiero hablar del objetivo de la Ley de Dios. A fin de dejarle entender el punto quiero hacer, quiero comenzar con una observación de la psicología del comportamiento. De hecho, la psicología del comportamiento nos enseña que los niños que crecen sin ley terminan su vida haciéndose salvajes, como animales. Como ellos, interpretan las cosas según el humor de su carácter y obedecen sólo lo que sus instintos los dictan para hacer. Con tal comportamiento, es posible que encontraran problemas con la sociedad y su reglamentación social.

Lo que la psicología trata de decirnos es que la ley es importante. Forma el comportamiento humano y determina nuestro carácter. Estructura nuestra vida como individuos y sociedad. Facilita nuestra relación el uno con el otro y nos ayuda a reconocer los límites de nuestra libertad individual y el respeto que debemos a otros. Sin la ley, la vida se hace una selva donde sólo los más fuertes tienen el derecho de existir.

La ley es importante no sólo para el funcionamiento de la sociedad humana, sino también para nuestra relación con Dios. Es en este contexto que tenemos que entender los Diez Mandamientos como dados por Dios a Moisés a fin de consolidar su relación con Israel. Los diez mandamientos desempeñan el papel de un mapa que nos muestra cómo vivir nuestra relación con Dios y nuestros semejantes. Como en la sociedad civil donde la ausencia de la Ley es perjudicial a un funcionamiento bueno de la sociedad, los mandamientos son vitales a nuestra relación con Dios y uno con el otro.

Por eso, la Ley de Dios es el espejo de la voluntad de Dios y el marco por el cual el pueblo de Dios tiene que moldear su comportamiento en su relación con Dios y sus semejantes. La ley es dada para nuestro beneficio y para nuestro bien de manera que al respetarla pudiéramos vivir en la amistad verdadera con Dios. No respetar la Ley es como dejar la vida hacerse caótica y sin principios directores.

Sin embargo, la Ley tiene que ser realizada en el espíritu de la alianza de Dios y no según los intereses humanos. Esta es la razón por qué Jesús reaccionó violentamente al echar del templo los vendedores y los cambistas de las monedas.

Según la Ley de Moisés, tal actividades en el templo eran legítimas para ayudar a la gente de ofrecer sus ofrendas. Sin embargo, los que las ejercían no respetaron la Ley y la adoración de Dios. Al contrario, fueron conducidos sólo por sus ganancias y beneficios comerciales. Además, Jesús actuó de esta manera a fin de enseñarnos que la adoración de Dios que es hecha sólo para obedecer la ley sin el corazón dado a Dios es irrelevante.

Del mismo modo, el sacrificio que traemos en la Iglesia debería ser una expresión de lo que vivimos en la profundidad de nuestro corazón y no algo fuera. Después de todo, un sacrificio verdadero a Dios es nuestro mismo. Por eso, la adoración verdadera de Dios es hecha en el espíritu y en verdad, y no la que es simplemente externa. En verdad, Dios no está interesado en la demostración hipócrita, pero en una contrición sincera y una conversión del corazón.

En este sentido, al echar a los vendedores del templo, Jesús nos recuerda que nuestra relación con Dios no es una materia de comercio. Cuando olvidamos esta certeza, degradamos la religión al usarla para los intereses económicos.

Pues, al expulsar los cambistas del templo y los que estaban con ellos, Jesús quiso purificar el templo y restaurar su significación original como un lugar de oración, curación y bendición. Este punto nos desafía profundamente sobre nuestra actitud en la Iglesia antes, durante y después de la misa Santa.

Sé que a causa del funcionamiento de nuestra sociedad, no es fácil encontrar a los amigos cada día. Todos están ocupados durante la semana. En este sentido, el domingo se hace una oportunidad de encontrar a las personas que no vimos durante la semana y charlamos un poquito sobre algunas cuestiones de la vida. Sin embargo, no deberíamos olvidar que la Iglesia es un lugar de oración, no sólo durante la misa, pero en cualquier momento.

Finalmente, si Jesús se enojó por el templo que estaba un edificio humanos, como se puede enojar por nosotros cuyo cuerpo es el temple del Espíritu Santo. Pero, cuántas veces hemos emponzoñado nuestro con muchas cosas malas como la droga, bebida, etc. En este tiempo de Cuaresma, pedimos a Dios de ayudarnos porque hagamos templos de la presencia de Dios. Que nos dé el coraje de obedecer a sus mandamientos. Que Dios los bendiga a todos!

### **Éxodo 20, 1-17; 1 corintios 1, 22-25; Juan 2, 13-25**

Fecha de la Homilía: el 4 de Marzo 2018

© 2018 – Padre Felicien I. Mbala, Ph. D, STD

Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)

El nombre de Documento: 20180304homilia